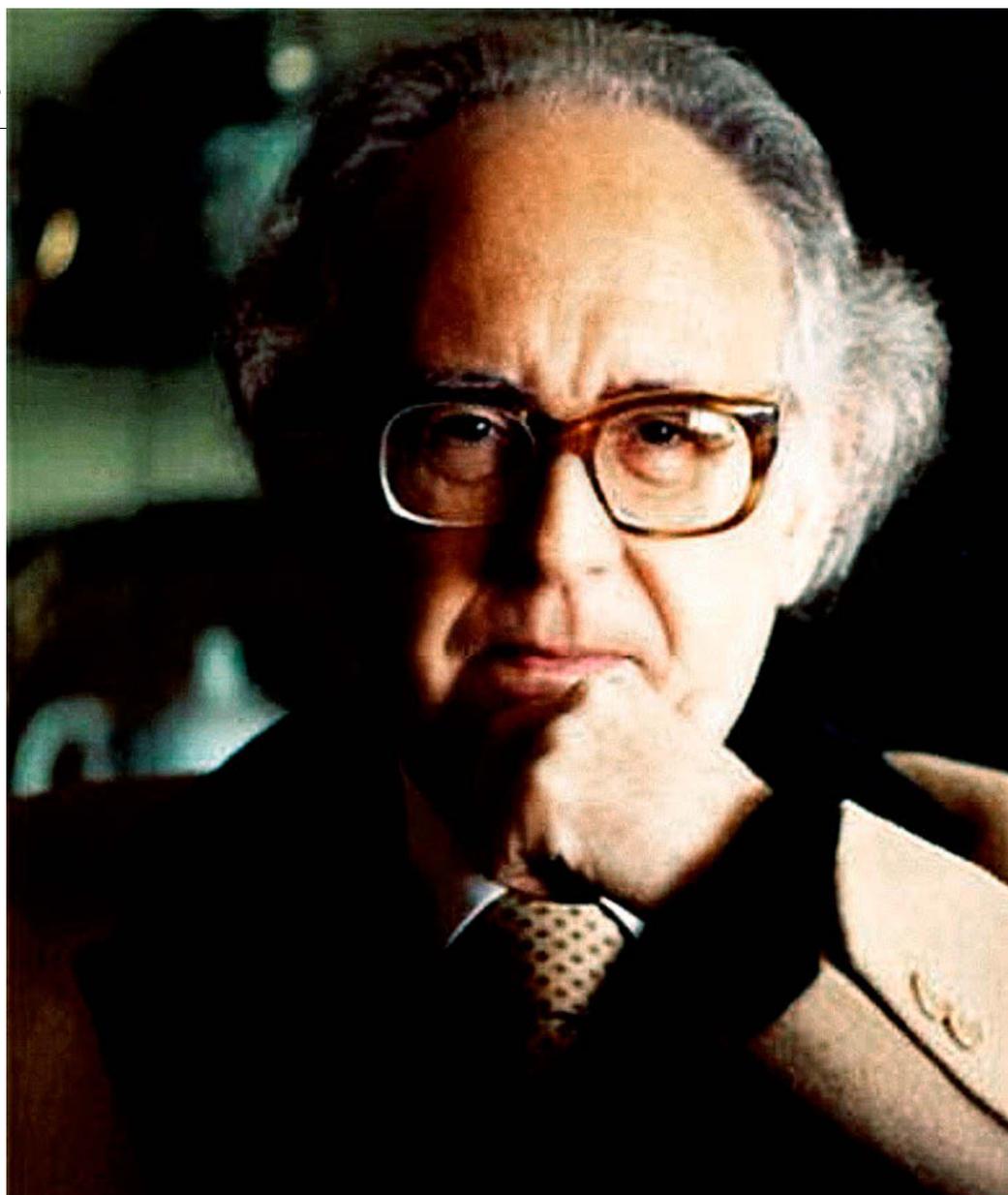


por **ANDREU JAUME** Hay escritores que tardan mucho en ser vistos porque en su tiempo escribieron en el envés de la vida. Es el caso del mallorquín Cristóbal Serra (1922-2012), cuyo centenario se celebra ahora con una «antología definitiva» titulada *El viaje pendular* (WunderKammer), en edición del crítico Nadal Suau, que ha dedicado al autor una atención constante, devota y fértil. Gracias a su excelente labor, ya podemos hacernos una idea más precisa del legado de uno de los *Dichtern* más irreductibles y generosos de la literatura española. Sólo con esa palabra alemana puede definirse a alguien que fue creador en un sentido a la vez poético, narrativo y misterioso, dueño de un mundo imaginativo sin grilletas, minucioso observador de la fantasía inherente en la más desnuda realidad, mago de una lengua castellana que amó y sirvió como un soldado del Siglo de Oro, con la naturalidad de quien sabe que el lenguaje es un préstamo que nos habla y nos sobrevuela y pulveriza identidades.

A Serra le gustaba decir que antes que escritor tardío y escaso había sido traductor, pero en realidad la traducción constituyó para él una forma de vida sin la cual su obra no hubiera existido. Su primer libro fue una versión, a partir del inglés, del *Tao Te Ching*, cuya riqueza sapiencial le ayudó a dar forma a su propia aventura espiritual. Serra fue toda su vida un hombre sedentario y enfermizo, solitario enamorado, profesor por necesidad en colegios de Palma, donde impartía lenguas modernas a alumnos que debían de ver en él a un personaje de *La historia interminable* de Michael Ende. Virtualmente, sin embargo, nunca salió del maravilloso Puerto de Andratx, en el suroeste de la isla, donde pasó la adolescencia dedicado a leer y observar, postrado por la tisis. Aquel puerto de pescadores, cercano a la isla Dragonera, supuso para él, como no se cansó de repetir, «un segundo nacimiento», puesto que ahí alumbró su particular cosmología. Un párroco y dos mujeres extranjeras, una francesa y una



## Cristóbal Serra, una lectura pendiente

Dueño de una obra fascinante e inclasificable, cuando se cumplen cien años de su nacimiento ve la luz *‘El viaje pendular’*, una antología definitiva de tan

inglesa, le proporcionaron sus primeras grandes lecturas. La inglesa, Barbara Flowers, que vivía en un velero, le prestó *La tumba inquieta* de Cyril Connolly, una obra breve y fragmentaria, hecha de reflexiones, aforismos y citas, publicada en su día con el pseudónimo de Palinuro –el piloto de la *Eneida*– y que el crítico inglés escribió además como exorcismo tras un fracaso matrimonial.

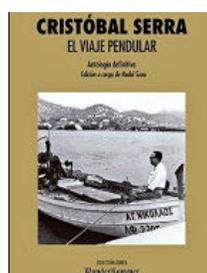
Para Serra, el libro de Connolly se convirtió a la vez en un modelo y en un destino. Y el velero de aquella estafalaria inglesa en algo así como una metáfora de la tradición flotante tan propia de los isleños que se atreven a escapar de las constricciones esterilizantes del folklore vernáculo. Además de la literatura francesa e inglesa, en el puerto, gracias al párroco, Serra se inició en los clásicos latinos y en la Biblia, que ya para siempre sería para él un hogar. En un país que ha prestado tan poca atención al libro funda-



CRISTÓBAL  
SERRA EN SU  
BIBLIOTECA EN  
LOS AÑOS 80.

mental de nuestra cultura, su interpretación, particular y particular, tanto del *Antiguo* como del *Nuevo Testamento*, constituye en sí misma un capítulo excepcional de nuestra literatura. Serra se identificó con Jonás, al que dedicó uno de sus mejores libros, *La noche oscura de Jonás* (1984), y, en general, con los profetas fracasados que acaban rodeados de las ruinas de sus visiones, destellos de faros derruidos. Augurio Hipocampo sería por ello otro de sus heterónimos, título de una de sus obras más señeras. Como escribió en *Con un solo ojo* (1986): «Si todo estuviese descifrado y bien descifrado, no cabría la plegaria, ni la música sería ese balsamo que a ciertas horas necesitamos. El hombre no se cansa de mirar a lo alto y de interrogar, porque sabe, precisamente, que se quedará interrogando. Ahí está el señorío de su ser».

En el Puerto de Andratx, Serra también descubrió a William Blake,



**CRISTÓBAL  
SERRA**  
**EL VIAJE  
PENDULAR**  
Edición e  
introducción  
de Nadal Suau.  
WunderKammer.  
680 páginas.  
34,90 €

otro profeta en tiempos de penuria y que desde entonces se convirtió en su particular Virgilio, en el *duca, signore e maestro* que le guió a través de su viaje por la naturaleza escondida. «La naturaleza ama esconderse». Heráclito, y en general los presocráticos, no están lejos de la forma de pensar de Serra, que siempre buscó la iluminación por la síntesis, al otro lado de los grandes sistemas y de los «mamotretos» que aborrecía. Blake le enseñó a observar el mundo natural prescindiendo de la mirada analítica y forense y librándose a su propio lenguaje: «¡A la sinrazón de la naturaleza no hay que hacerla entrar en razón!». Como Rilke, Serra esperaba que la tierra deviniera invisible en nuestro interior verbal y, frente al taladro del dominio, soltaba el vuelo de las *Bodas del cielo y del infierno*: «¿No quieres comprender que cada pájaro que hiende los aires es un mundo inmenso de delicias cerrado para tus cinco sentidos?».

La atención a lo oculto le llevó a desarrollar una apología del asno como símbolo de todo lo que la civilización material e industrial ha marginado. Las orejas del rucio habían pasado de representar el poder de los faraones a ser una imagen de la estupidez que Serra adoptó como signo de la cuestión más grave que atraviesa toda su obra: la santidad. En el mundo secularizado y positivista, la santidad del niño y del ignorante, del asno y del idiota se desvela como forma de renuncia y desacato contra una cultura encerrada en la producción y la propaganda, también como estrategia de rebelión contra la negatividad. Con ello, Serra se incardinó en una de las corrientes antimodernas más fructíferas: «El hombre que solo subsiste no existe». A la santidad va unido, en el caso de Serra, el sentido del humor, el *nonsense* de Edward Lear, el disparate que nos expulsa de la rutina racional y lógica: «Tacha de impertinente todo eso de materialismo e idealismo. Son ganas de enredar el ovillo. Después te salen con Freud, que da pie a todas las desvergüenzas que se escriben en los urinarios».

No se puede decir que Cristóbal Serra sea autor de un determinado gran libro puesto que su obra está hecha de ondas concéntricas cuyo radio se amplía con mayor profundidad a medida que uno presta oído a su universo. En *El viaje pendular*, un exoplaneta por descubrir, hay narraciones de corte existencialista y expresionista como *Péndulo* (1957) o divertimentos surrealistas como *Viaje a Cotiledonia* (1965), ejemplos de una imaginación indómita, pero lo que se acaba imponiendo es ese género más allá de los géneros que inventó, a partir seguramente de Connolly, como *Diario de signos* (1980), una mezcla de ensayo, serie aforística, apólogo, cuaderno de bitácora, *nótuas* de lectura, siempre en espera de la revelación. «¿Sigue abierta o no la Revelación? Esta es la pregunta que me hago. Si la contestara con un no rotundo, sería contrariarme. No puedo pensar que, si la profecía reaparece, la revelación no se reabra». **L**